

HOMILIA EN CHANDAVILA EL DIA 4 DE OCTUBRE DE 2020

Queridos hermanos sacerdotes,

sr. Párroco y sr. Alcalde de La Codosera,

queridos hermanos y hermanas presentes en el Santuario y cuantos nos seguís a través de la *Trece Televisión*, a la que mucho agradezco el esfuerzo que supone trasladarse, con todo su equipo humano y técnico, lejos de Madrid, hasta este bello lugar del Santuario de Chandavilla, junto a la Codosera, al lado de Portugal.

Un saludo muy particular para los enfermos que nos estáis siguiendo por televisión y para cuantos estén pasando por especiales dificultades o contrariedades en estos momentos. Queremos estar muy cercanos a ellos, a todos los que sufren y pasan dificultades graves.

Todos, en realidad, estamos viviendo momentos nada fáciles a causa de esta pandemia; dificultades no sólo en el campo de la sanidad, sino también en el campo eclesial, económico, académico y social.

Nos encomendamos a María de los Dolores que, en esta su casa de Chandavila, nos mira con tanto cariño y afecto. A todos nos acoge, hoy, como Madre nuestra que es. Ella comparte y vive con nosotros el dolor y las dificultades que la vida nos depara, en estas circunstancias actuales. A Ella, como siempre, nos acogemos con total confianza de hijos: ¡Bajo tu amparo nos acogemos, Santa madre de Dios!, ¡bajo tu amparo!, Tú, que tanto sabes de sufrimientos y de dolor!

La primera lectura, tomada del libro del profeta Isaías, así como la página del evangelio según san Mateo, nos proponen la imagen de la viña.

El Evangelio, proclamado este domingo, hace referencia al "*cántico de la viña*", que encontramos en la primera lectura, de Isaías. Se trata de un canto ambientado en el contexto otoñal de la vendimia: una pequeña obra maestra de la poesía judía. Se comprende bien que la viña indica a su pueblo, al pueblo de Israel. Dios dedica a su viña, a su pueblo, los cuidados del amante bueno y fiel.

Ante ese amor total y fiel, por contraste, aparece el desprecio, el rechazo de Dios: «*Esperó que diese uvas, pero dio agrazones*» (Is 5, 2).

La página evangélica nos interpela; interpela nuestro modo de pensar, de vivir, de actuar.

Nos interpela a todos los que hemos recibido el anuncio del Evangelio y hemos sido bautizados y formamos parte del nuevo Pueblo de Dios.

¿Qué respuesta estamos dando al amor del Padre? Constatamos a menudo nuestra frialdad de cristianos incoherentes o flojos, movidos por intereses egoístas, y cooperando a una sociedad injusta, a veces violenta, en sus manifestaciones, en la que la convivencia resulta bastante difícil y de ello nos quejamos con frecuencia. Porque nos damos cuenta de que, actuando así, nos encontramos siempre más solos, aislados, y la sociedad más dividida y confundida.

El mensaje consolador que recogemos de estos textos bíblicos es la certeza de que el mal no tiene la última palabra, sino que, por la Cruz, al final vence Cristo. ¡Siempre!

En el fondo, hermanos míos, la palabra de Dios es una invitación a volver al Señor que nos dice al corazón de cada uno, de cada una:

“*¿Qué más podía hacer Yo por ti?*”; “*¿Por qué me respondes de esta forma?*” Ante esta queja llena de cariño, sólo cabe volver a Él, como la única respuesta verdadera. Volver a Él, volver nuestros ojos, nuestro corazón al Señor, **convertirnos** a Dios.

Esta llamada a la conversión, que nos llega de la Palabra de Dios, es la razón y el motivo que ha tenido el Papa Francisco para conceder un Año Santo, un año de gracias especiales, a este Santuario de Chandavila. Y ese fue el motivo principal que me impulsó, como Pastor de esta Archidiócesis, a solicitar de la Santa Sede la concesión de este Año Jubilar para promover

“nuestra conversión personal, que cambie nuestro corazón para pedir y ofrecer el perdón y que aceptemos gozosos la presencia de la Cruz salvadora en nuestras vidas, cómo y cuándo Dios quiera hacernos partícipes de ella. Todo ello, poniendo como intercesora a Nuestra Madre del Cielo”.

Esto es lo que os decía en la Carta Pastoral sobre este Año Santo.

Y es así, porque la Virgen transmitió con palabras pero, sobre todo, con signos y hechos, qué era lo fundamental, cuál era el mensaje que Ella quería decirnos:

Es **un mensaje de perdón**, que procede de Dios en su raíz y que ha de echar por tierra los muros del odio, del rencor y de la venganza. Este mensaje, recibido en la España del año 1945, pocos años después de terminada la guerra civil, es válido y actual también en la España y en el mundo de 2020. ¡Es un mensaje de validez perenne! ¡Cuánto echamos de menos una convivencia de paz, de serenidad, de entendimiento, de perdón mutuo, de comprensión...

Este es, sin dudar, el deseo de la Virgen y es también la única medicina que puede curar las enfermedades del corazón, que aprisionan a tantos seres humanos.

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo necesitan - necesitamos- aprender a pedir perdón de corazón y de corazón aprender a perdonar. No es nada fácil, pero tenemos la ayuda del cielo para romper nuestro orgullo, nuestra soberbia, nuestro amor propio, nuestra dureza de corazón, que son muros malvados de contención, que impiden fluir el agua limpia del perdón.

¡Cuánta soberbia y cuanto egoísmo nos impiden ofrecer con naturalidad el perdón a los otros, de los que tal vez en un momento determinado hemos recibido el dolor de la ofensa! ¡Cómo cuesta perdonar!

Hemos de estar convencidos de que no seremos capaces de perdonar, no aprenderemos a perdonar, si antes no nos dejamos perdonar por Dios. Sólo estaremos dispuestos a perdonar las faltas de los demás si tomamos conciencia de la deuda enorme que se nos ha perdonado. Hace unos días me decía un sacerdote de la Diócesis: el amor que más se parece al amor de nuestro Padre del cielo es el amor de nuestros padres en la tierra; sobre todo de nuestra madre. Ella siempre perdona, disculpa, excusa, olvida..

Sin el perdón de Dios, sin la experiencia de la misericordia divina, que limpia nuestra miseria, no estamos capacitados para perdonar. El Papa Francisco lo enseñaba de una forma muy clara y muy bella, refiriéndose a la actitud de Pedro en la Última Cena, cuando no quería que Jesús le lavase los pies, pero *«después entendió que Jesús no quería ser sólo un ejemplo de cómo debemos lavarnos los pies unos a otros. (El apóstol comprendió que) este servicio sólo lo puede hacer quien antes se ha dejado lavar los pies por Cristo»*. Quien ha sido perdonado por Jesús puede aprender a perdonar a los hermanos.

El Dios bueno nos invita a ser también nosotros buenos. Las dos partes de la invocación en el **Padre nuestro** están unidas por una conjunción inape-
lable: le pedimos al Señor que perdone nuestras deudas, nuestros pecados, “*como*” también nosotros perdonamos a nuestros amigos, a la gente que vive con nosotros, a nuestros vecinos, a las personas que nos han hecho algo que no era agradable.

Actuando así nos parecemos a Dios. Recordad cómo nos dirigíamos a Dios el pasado domingo en la oración colecta: **Oh Dios, que manifiestas especialmente tu poder con el perdón y la misericordia.** La cumbre del poder de Dios es la misericordia, es el perdón. Hoy, cuando pensamos en “el poder”, pensamos en alguien con grandes propiedades, que tiene algo que decir en economía, que dispone de capitales para influir en el mundo del mercado, pensamos en los jefes de Estado, “*pensamos- decía el Papa Benedicto- en quien dispone de poder militar, en quien puede amenazar. La pregunta de Stalin: “¿Cuántos ejércitos tiene el Papa?” todavía caracteriza la idea común del poder. Tiene poder quien puede ser peligroso, quien puede amenazar, quien puede destruir, quien tiene en su mano muchas cosas del mundo. Pero la Revelación nos dice: “No es así”; el verdadero poder es el poder de gracia y de misericordia. En el perdón, Dios demuestra el verdadero poder*”.

Así, nuestra oración a Dios se convierte en un mensaje para nosotros; o sea, este Dios, Padre Bueno, nos invita a ponernos de su parte, a salir del océano del mal, del odio, de la violencia, del egoísmo, y a entrar en el río de su amor. ¡Esta es la gran fuerza del perdón, esa es la grandeza de nuestra vida! A cada uno de nosotros esta mañana nos dice Dios: “¡muestra tu grandeza de hijo de Dios con tu perdón y tu misericordia con los demás!”.

Todos los verdaderos cristianos y los hombres de buena voluntad, ante la división y enemistad que tanto sufrimiento conlleva, experimentan un inconfundible deseo “*de recomponer las fracturas, de cicatrizar las heridas, de instaurar a todos los niveles la paz*”.

Este es el mensaje nítido que se proclama en este bendito lugar de Chandavila, donde la Madre viene a consolar, a acompañar nuestras luchas y a indicarnos el camino. Clandavila nos habla de Penitencia; nos invita a la oración, teniendo como centro la Eucaristía.

Pero si algo resume el espíritu y mensaje de este Santuario es la grandeza del Perdón: así me lo confirmó Marcelina, actualmente religiosa de las *Hermanas de la Cruz*, la vidente de la Virgen, con la que tuve la oportunidad de poder conversar hace pocos meses. En esa conversación, ella, de 85 años de edad, pero con una buena lucidez mental, delante de mí y de otros testigos, reafirmó la veracidad de las apariciones y confirmó que la grandeza del perdón lo vivió muy de cerca, en la vida de su propia familia, de su propia madre.

No quiero terminar sin unas palabras del Papa Francisco y, también, del Papa Benedicto que son, a mi entender la mejor síntesis de lo que os acabo de decir y que resume muy bien el lema de este Año Santo: “*La paz, fruto del perdón*”. Comentaba el Papa Francisco: «*¡Paz a vosotros!*”. *No es sólo un saludo, y ni siquiera un sencillo deseo: es un don; es más, el don precioso que Cristo resucitado ofrece a sus discípulos... Esta paz es el fruto de la victoria del amor de Dios sobre el mal, es el fruto del perdón. Y es realmente así: la verdadera paz, esa paz profunda y gozosa en nuestro corazón, viene de hacer la experiencia de la misericordia de Dios*».

Y el Papa emérito, Benedicto XVI, decía:

«**Si la paz es fruto de la justicia, lo es aún más del perdón**, que sella verdaderamente la reconciliación entre quienes estaban divididos y les permite caminar juntos... también vosotros podréis ser artesanos del perdón entre los hermanos y construir un mundo reconciliado».

Que la Virgen Santísima, la Señora de Chandavila, que nos ha reunido en esta mañana, nos siga queriendo, nos siga protegiendo, y nos siga enseñando a ser “*artesanos de perdón entre los hermanos*”. Así sea